

## X. V.

## MISTERIOS.

La parte grave y discreta de la asamblea, que se respetaba demasiado para tomar parte en el baile, comenzaba á encontrar á éste monótono y largo. Languidecian los cuchicheos porque se habían murmurado de todo el mundo. El desmayo de Blanca proporcionó al naciente fastidio una diversion agradable, haciendo revivir la conversacion.

Ese círculo respetable se componia de tres vizcondes que en su juventud habían sido hombres de suerte y de provecho en el tiempo de los Estados de Bretaña, de media docena de personas oscuras que no habían tenido el menor escrúpulo en triturar sus

apellidos poniendo un *de* delante de ellos porque tenían mil escudos de renta, y de un número sobre poco mas ó menos igual de señoras antiguas, llevando con una solemnidad imposible de describir el orgulloso ridículo de sus trajes y la escogida fealdad de sus rostros.

Advertíanse sobre todo tres personas igualmente amarillas, secas, arrugadas y con trajes de seda color violeta, de una ancianidad incontestable. Sin embargo de que perteneciesen al estado honesto á pesar de sus cincuenta años, lo que no da gran valor ni precio, imprimian el tono á la *sociedad* porque su talento de murmurar estaba fuera de toda comparacion, puesto que cada una de sus espresiones robaba una reputacion ó un nombre.

Sus mismas rivales, Mad. la señora de Kervichel, esposa del agregado al maire de Glenac, y Mad. Clara Lebeisihic, jóven viuda que apenas frisaba en los cuarenta y cinco y por quien suspiraban todos los vizcondes, se veian obligadas á reconocer la imperiosidad de las señoritas Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang.

Preciso es decir que tenían todo para sí. La mayor, Mlle. Amaranto, cantaba acompañándose á la guitarra, las arias; la segunda, Mlle. Eglantina, las romanzas; la tercera, Mlle. Eloisa, ejecutaba tambien con la guitarra piezas de carácter.

Con este motivo el jóven Pontalés, á quien era permitido todo por ser el heredero de su padre, había puesto de apodo á esas tres gracias los nombres de *Aria, Romanza y Cavatina*.

Tenían un hermanito, Mr. Numa Babour-les-Roseaux-de l'Etang, que permanecía al amparo de su gloria, pero que sin embargo, pasaba por un gran jugador de reversino.

Cuando la Señora, ayudada por el tío Juan, hubo conducido á Blanca, volvió á tomar asiento la impaciente reunion. Sus miembros se miraron en silencio durante algunos segundos.

—Ya va de dos veces hoy que se indispone esa pobre y hermosa niña, dijo el padre Chauvette, que solo entre aquella gente sarcástica y burlona representaba el elemento caritativo.

—No quisiera decir nada inconveniente, murmuró Mad. Clara Lebesihic; pero exactamente como ella me encontraba yo el primer año de mi casamiento.

Las tres gracias bajaron los ojos.

Los tres vizcondes se sonrieron.

—¿Habeis advertido, replicó el agregado caballero de Kerbichel, habeis advertido cómo ha guiñado los ojos Pontalés hijo á Roberto de Blois cuando se desmayó la chicuela esa?

—¡Es muy bonita figura! replicó la Romanza.

—Un hombre muy calavera, añadieron Aria y Cavatina, dando á esta palabra una acepcion lisonjera.

—Lo que yo quisiera saber, añadió la Romanza, es el sentimiento de Mr. de Penhoel hácia las atenciones de Pontalés hijo para con Lola.

Todos sonrieron.

—¡Lola! ¡Lola! repitió el caballero de Kerbichel: esas criaturas tienen nombres tan....

—En cuanto á eso, replicó la Romanza, que se creyó aludida por su nombre de Eglantina, todos no están obligados á llamarse Suzon ó Fanchette como las hijas de la inclusa:

Mad. de Kerbichel se llamaba Fanchon. El círculo rió otra vez, escepto el caballero agregado, que golpeó su caja de tabaco con ademan de disgusto.

—Todo eso no implica nada, replicó Aria, por mas que en esta casa pasen cosas nada comunes. Los dueños hacen los honores. Dios sabe cómo... Ya se han marchado la Señora y el señor; ¿dónde están?

—Conferenciando con el marqués de Pontalés, respondió el jóven Numa.

—En buena conciencia, quiso decir el padre Chauvette, se pueden tener negocios que....

Pero nadie tenía la candidez de prestar ninguna atencion al pobre maestro de escuela.

—Siempre con el marqués, prosiguió Aria.

—Y con el abogado, añadió Cavatina.

—¡Ah! dijo la Romanza con tono doctoral; personas bien informadas pretenden que Penhoel hace cosas muy propias únicamente de esa canalla de pueblo..... Recibe continuamente dinero del marqués de Pontalés, y el abogado Le-Hivain sabe ciertas particularidades que asombrarían al mas despreocupado.

—Es que Mad. Lola gusta demasiado de encajes, observó uno de los vizcondes.

—¿Y los pañuelos de cachemir? añadió el segundo vizconde.

—¿Y los diamantes? dijo el tercero.

—¿Y todo esto cuesta mucho dinero! hizo observar Mad. Clara Lebisihic; mi chal de boda, que á la verdad no era de la India, costó ciento cincuenta escudos, de modo que....

—¿Y luego tantas cargas! replicó la esposa del caballero Kerbichel.

Este castillo parece un arca sin fondo.... Todo el dia lo pasan comiendo y bebiendo: ¿no sois de mi opinion que es una gran majadería estar alimentando á ese poltron Roger de Launoy?

—¿Y ese embadurnador que ha venido de Paris para pintar las paredes de añil y almazarron? dijo la Romanza.

—Permitidme, querida hermana, observó Numa, que era infame siempre que se le presentaba la ocasion; esos señores no son tan absolutamente inútiles como quereis suponer.

—¿Pues de qué sirven?

—¿De qué? yo no sé nada; pero si me preguntais de qué sirven....

—¡Ah! ¡ah! esclamaron á la vez Eglantina, Eloisa y Amaranto, encantadas con el talento de su hermano; eso es adorable.

Y como una parte del círculo no comprendiese,

la Romanza añadió, bajando públicamente sus párpados amarillos y despoblados:

—Quiere decir mi hermano que son útiles á las dos hijas del tío Juan.

Trueno de aplausos de vizcondes, fuertes risas de la asamblea en coro: el dicho valia esto y mucho mas.

—¡Ah! ¡señorita, señorita! comenzó el maestro de escuela con tono de reprension.

Pero su voz fué dominada por la del caballero agregado de Kerbichel, que tenia una inteligencia tardía y que veia siempre del mismo modo.

Numa Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang, alentado por el éxito que acababa de obtener, deseó otro nuevo triunfo.

...¿Podriais decirme, señora, preguntó con cierta apariencia de candidez, si es á la Señora ó á su hija Blanca hácia quien Roberto dirige sus atenciones?

—A la hija, respondió Mda. Kerbichel.

—A la madre, contestaron los vizcondes.

—Ciertamente, dijo la Romanza; esta es una buena ocasion: ignoro si como yo habreis visto que Mr. Roberto de Blois cambiaba ciertos signos con la Señora durante la contradanza.

—Lo he visto, dijo Kerbichel.

—Y yo.

—Y yo.

—¿Y habeis advertido la manera con que la Seño-

ra ha rechazado á Mr. de Blois cuando éste ha querido levantar á Blanca desmayada?

Todos respondieron afirmativamente.

La Romanza prosiguió, bajando la voz y tomando ese aire tímido que anunciaba siempre alguna negra infamia:

—Cuando se rechaza de esa manera á un hombre, es porque se le conoce mucho.... mucho.... mucho.

—¡Es verdad!.... dijo con cierto tono la parte masculina de la asamblea.

—¿Cómo es que Mlle. Eglantine sabe esas cosas? murmuró la dama del caballero Kerbichel, que tenía una venganza que tomar.

—Además, prosiguió la Romanza, ¿cómo explicar ese movimiento tan brusco sino por un pequeño arrebatado de celos?

—¡Es verdad! opinó acorde la asamblea, convencida.... es verdad.

El pobre maestro de escuela no intentó siquiera protestar: ¡tan débil se sentía contra el sentimiento general!

—Así es el mundo, replicó de nuevo la Romanza. Mr. de Penhoel compra pañuelos y vestidos para Lola.... hace pintar su castillo de alto á bajo solo por Lola: siembra salones de césped y viste de seda las antiguas habitaciones que sus padres frecuentaban desnudas.

Entre tanto la Señora se aburre.... y sin embargo, es preciso confesar que está muy conservada.

—Es aún bella.

—¿Qué hacer cuando se ve abandonada?....

—Mirar á un buen mozo.... pero no vayais á creer... yo no afirmo nada! No soy yo á Dios gracias la que quiero murmurar de una familia honrada y respetable; pero digo que si llegara á suceder....

—En fin, dejemos ¡esto á un lado; todo es posible....

—No debería ser uno severo con la pobre Señora....

—No tal, no, replicaron los vizcondes.

El baile proseguía, pero languideciendo cada vez mas, y triste sobremanera.

Diana y Elena, que hace un momento saltaban con tanta jovialidad, no podían ocultar su tristeza. Sin embargo, procuraban y parecían escitarse mutuamente á sonreír.

A cada momento se volvían sus inquietos ojos hácia la entrada del salón de verdor.

Hubiérase podido decir que permanecían allí muy contra su voluntad, y que una misión secreta las llamaba lejos del baile.

El anuncio del accidente sucedido á Blanca de Penhoel había pasado las puertas del castillo, produciendo quizá mas efecto en los bailarines del salón al aire libre que en los privilegiados que ocupaban el de césped.

La rústica danza había cesado desde el momento en que los fuegos artificiales terminaron: hombres

y mujeres se habían reunido con los viejos, que formando círculo se habían sentado.

Nadie quedaba ya en donde antes era algazara y bullicio mas que Mr. Blas, que se paseaba con las manos metidas en los bolsillos, afectando no querer mezclar su importante persona á todo aquel populacho.

En el grupo de aldeanos se hablaba en voz baja justamente por causa de Mr. Blas, que pasaba por tener el oído mas fino aún que un tísico.

Maese Geraud ocupaba el centro del grupo preguntando á un muchachuelo que acababa de salir del jardín, donde había servido los refrescos á los huéspedes de Penhoel.

—Cuéntanos lo que has visto, Francin, decía el buen posadero del Carnero coronado.

—Todo el mundo miraba á Lola, respondió el muchacho.... ¡Qué guapa es!.... Yo no sé lo que lleva en el cuello que brilla aun mas que si fueran carbones encendidos.... pero las señoras y caballeros decían que aquello valía mucho dinero, y que con ello se podría comprar el bosque nuevo....

De pronto gritó la señorita, el Angel.... miré como todos y la ví tendida en el suelo.... A su lado no había nadie mas que Mr. Roberto de Blois... Cuando quiso éste levantarla ¡oh! si hubiéseis visto cómo se echó la Señora sobre éll!.... creí que lo iba á ahogar....

—¿Y nada le dijo? preguntó maese Geraud.

—No.... pero se conocía que tenía su proyecto.

—Se puede jurar que Mr. de Blois fué el que hizo daño al Angel.

Un murmullo amenazador se dejó oír entre los aldeanos.

Maese Geraud pasó por la frente el dorso de su mano.

—Sí,.... sí.... dijo en alta voz.... ese hombre es la desgracia de Penhoel, y fui yo el que le enseñé el camino del castillo.... ¿Qué hubiérais hecho vosotros? añadió bruscamente, dirigiéndose á cuantos le rodeaban.... Llegó á mi casa.... me habló del primogénito.

—Ya comprendéis que esas cosas no se adivinan.... Cuando me dijo que era el amigo de Penhoel hubiera dado hasta el último escudo de mi bolsa.

Y ocultó su cabeza cana entre las manos, exhalando un profundo suspiro.

—Vamos, vamos, maese Geraud, dijo el arrendador de Port-Corbeau; los tiempos son malos para nuestros señores, pero podrá suceder que cambien. En cuanto á lo que tienen relacion con vos, todo el mundo sabe que sois un hombre honrado. Y luego Penhoel es rico.

—¿Rico? interrumpió el posadero de Redon; si supiéseis....

Todos se acercaron curiosamente.

Pero el pobre hombre no quería decir nada.

—Yo fui el que le mostré el camino del castillo, repitió, como si esta idea le persiguiera continua-

mente; yo fuí... Escuchad: antes de llegar aquí he entrado en la cabaña de Benito Haligan, que está agonizando, porque cuantos quieren á Penhoel se van unos tras otros! El pobre Benito tiene el estertor y en su rostro se advierten señales nada favorables.

No fué ayer cuando dijo por primera vez que el Angel y las dos hijas del tío Juan harían tres hermosas Hijas de la Luna antes de la inundación del invierno que viene.

Me ha dicho también, prosiguió maese Geraud bajando la voz más, que nuestro Mr. Luis volverá algún día, pero que vendrá demasiado tarde.

Maese Geraud se calló y un silencio profundo reinó en torno suyo.

Todos tenían oprimido el corazón.

Esta fiesta, comenzada con la mayor alegría, acababa silenciosa y lúgubre.

La mayor parte de los aldeanos reunidos en la pradera no había prestado gran atención hasta entonces á las vagas amenazas que pesaban sobre la casa de Penhoel; pero aquel día nadie dudaba de ellas: sentíase en parté el peso de la desgracia sobre el castillo.

Los enamorados olvidaban hablar de amor á sus prometidas, y el tonel de sidra, lleno aún hasta más de tres cuartas partes, no alimentaba ya los vasos que en semejantes circunstancias daban la vuelta á la asamblea.

Una sola persona permanecía fiel al tonel, un po-

bre diablo flaco como un clavo que bebía con entusiasmo acostado en la yerba.

Nadie se dignaba hablar con él, ni aun el mismo Zalamero, á pesar de que aquel pobre diablo fuese su antiguo conocido, el ex-bandido Bibandier.

Este fumaba en pipa cual un filósofo, aparentando asociarse bastante al desprecio general.

Fumaba y bebía como si hubiera apostado que él solo vaciaba el tonel de sidra.

En el grupo formado á la puerta de la granja, rompió el silencio Francin.

—¡Mr. Blas! dijo de repente.

El criado de Roberto de Blois avanzaba en efecto lentamente hácia el grupo de aldeanos.

—Y bien, hijos míos, exclamó desde lejos; ¿no se bebe ya á la salud de su majestad el rey, del señor maire?

Nadie respondió.

Maese Geraud se había levantado.

—Francin, murmuró rápidamente, vuélvete al jardín y ven luego á decirnos lo que haya de nuevo.

Luego añadió, volviéndose hácia los aldeanos sentados junto á él:

—A vosotros os hablaré despues, cuando se haya terminado la velada. Nadie podrá decir que se ha quedado sin moverse y sin dar un escudo para salvar á Penhoel.

Francin subió corriendo el camino que conducía al castillo.

La parte seria de la asamblea era en aquel mo-

mento dueña del terreno. Las tres señoritas, Ba bouin des-Roseaux-de-l'Étang y los otros miembros de la sociedad habían abandonado sus puestos para invadir el césped, ocupado antes por los bailarines.

La orquesta seguía.

Algunas gentes previsoras veían llegar el momento en que Eglantina, Eloisa ó Amaranto iban á pedir su temible guitarra bajo el pretesto de reanimar la fiesta.

La esperanza secreta que alimentaban esas amables personas de hacer oír á Amaranto su aria Eglantina su romanza y Eloisa su cavatina les hacía estar un poco más graves, impidiéndoles dirigir inectivas demasiado punzantes á Penhoel, que abandonaba así á sus huéspedes en lo mejor del sarao.

En efecto, ningún representante de la familia había en el salón de césped. El señor del castillo seguía en su gabinete, la Señora no había vuelto á aparecer y lo mismo el tío Juan.

En fin, Elena y Diana, que por tanto tiempo habían estado presidiendo la danza, se habían eclipsado de repente y con una especie de misterio, puesto que sus caballeros las habían buscado en vano entre la concurrencia.

Enrique y Roger habían desertado también á su vez para explorar las calles del jardín.

Lola y Roberto eran los que entonces en calidad de huéspedes del castillo hacían los honores.

El jardín estaba iluminado como hemos dicho de un extremo á otro, sin que hubiese un solo sitio donde se pudiera ocultar nadie.

Enrique y Roger habían salido del salón de baile sin prevenirse mutuamente.

Al extremo de una calle se encontraron frente á frente.

Enrique estaba pensativo.

Los cabellos de Roger estaban húmedos de sudor.

Se detuvo delante de su amigo.

—¿No las has encontrado? le preguntó vivamente.

—No, contestó Enrique.

—Voy á buscarlas otra vez, añadió Roger, que quería recomenzar sus pesquisas.

El joven pintor lo detuvo.

—No las encontrarás, le dijo: mientras buscabas tú por la izquierda lo hacía yo por la derecha y entrambos hemos recorrido todo el jardín. No están aquí.

—¿Entonces dónde se hallan?

—No sé.

La agitación de Launoy parecía crecer á cada instante. Enrique al contrario, permanecía sereno, á pesar de que su voz, tan alegre ordinariamente, tuviese entonces un vago acento de tristeza.

—¿Dónde están? repitió Roger.... ¡Dios mío!... ¡qué extraño es esto!....

—¡Estraño!.... interrumpió Enrique sonriendo;

¿por qué?... ¿Tienen obligacion de darnos cuenta de sus acciones?

—¡Tú no amas!... murmuró Roger.

El pintor guardó silencio, pero su mano estrechó fuertemente el brazo de su amigo.

—Yo amo, replicó Roger.... como un pobre loco! Cuando estoy á su lado no sé qué admirar ni creer.... Es tan pura su sonrisa y se retrata tan bien su corazon en su rostro!... Me avergüenzo de mis sospechas!...

—¿Tienes sospechas? preguntó bajo Enrique.

Roger bajó los ojos y no respondió.

—¡Que sé yo! exclamó á poco rato, apoyando la mano en su frente, bañada de sudor.... No soy un loco y tampoco soñaba.... VÍ.... ¡Dudo!

—¿Qué? preguntó Enrique.

Y como Roger callara de nuevo añadió con acento triste y lento:

—¡Quieres hablar!.... tambien yo he visto.

Roger le miró con una especie de espanto. Hubiérase dicho que conservaba una vaga esperanza de haberse engañado, y que temia con extremo la realidad.

—No hablo de Elena, respondió el pintor; pero Diana tiene un secreto.... Hace mucho tiempo que lo sé.

—¿Y ese secreto?

—Tengo confianza porque amo. Nunca he intentado sorprenderlo.

—¡Oh! exclamó Roger; justamente porque amo

desconfío.... Es toda mi felicidad y mi esperanza.... Si llegara á figurarme que Elena amaba á otro!...

Se detuvo, replicando con amargura:

—¡Dios mío! esta idea cruza por mi imaginación con demasiada frecuencia! ¿Y como no ha de suceder así? Dices que tambien has visto.... Lo que yo he visto es de tal modo extraño, que dudo confiarlo aun á mi mejor amigo.

—Y sin embargo, prosiguió Roger, despues de haber oido una pregunta siento un peso sobre el corazon! ¿Te acuerdas, Enrique, de aquella noche que pasamos hablando de ellas junto á los pantanos, al otro lado de Glenac? Nos sorprendió la noche. Cuando entramos en el castillo habian concluido de comer mucho tiempo hacia y todos estaban ya durmiendo.... Así lo creimos al menos, y cada uno nos retiramos en silencio á nuestra habitación.

La lámpara del corredor grande estaba apagada.... Me pareció oír delante de mí el ruido de unos pasos ligeros y tímidos.... me adelanté con los brazos tendidos y tocando á las dos paredes del corredor....

Al acercarme habia cesado el ruido. Creia haberme engañado, cuando bajo mis dedos sentí dos cofias de lienzo que se deshizaron en silencio á mi contacto, y que en la sombra no pude volver á encontrar. Los pasos se dejaban oír de nuevo ligeros y rápidos en la parte del corredor que yo aca



baba de pasar... Huian; pero en el momento en que se habia cerrado mi mano habia dejado una de las cofias entre mis dedos uno de sus lazos.... Yo me reia al abrir la puerta de mi habitacion, porque me decia: Ya tengo aquí con qué saber cuál de las criadas de Penhoel se entretiene de noche en jugar al escondite.

Encendí mi bujía y reconocí la cinta de seda azul que habia visto de día en la cofia de Elena....

Roger de Launoy se calló, esperando ávidamente una palabra de admiracion; pero el pintor no desplegó sus labios.

Permanecia pensativo con la cabeza inclinada.

—¡Y bien! dijo Roger.

—¿Es eso todo lo que has visto? preguntó friamente Enrique.

Roger estaba asombrado al ver el poco efecto que su narracion habia hecho.

—¿Te parece poco? exclamó.

—Eso no es nada.

—¿Has visto algo mas extraordinario?

—Tú juzgarás, respondió el pintor.

—Habla pues.

—Ahora continúa tú.

—Escucha, replicó Roger. Algunos días despues volvía yo á pié de Redon; llegaria á la altura de la aldea de Bains, en medio de la pradera; hacia una luna muy clara; oí á lo lejos sobre el césped el galope de dos caballos; no presté atencion ninguna y proseguí mi camino.

En el momento en que los dos caballos pasaban junto á mí con toda la velocidad de su carrera, levanté la cabeza: los caballos estaban montados por dos mujeres! Grité: ¡Dianal! ¡Elenal!... ninguna voz me respondió.

Quise correr, pero las dos mujeres se perdian ya en la sombra, y los pasos de sus caballos se perdian á lo lejos en el llano.

—¿Era tarde? preguntó Enrique.

—Las once de la noche.

—¿Y estaban aquel día los Pontalés en Redon?

Roger se dió una palmada en la frente.

—Me haces reflexionar... exclamó; los Pontalés estaban en Redon.

—¿Pero eran ellas? preguntó el pintor.

—Vas á convencerte. No habia mas que un solo medio de poder alcanzarlas. Despues de haber dado algunos pasos corriendo como un loco, tomé otra vez el camino de Penhoel. Al llegar á la barca, pregunté al anciano Benito si álguien habia pasado antes.

Me respondió: Nadie.

Esto me hizo mucho bien; creí haber soñado. Sin embargo, una vez llegado al castillo, me quedaban algunas dudas; en lugar de acostarme en seguida, me dirigí sin tener la conciencia de lo que hacia, hácia la habitacion de Diana y Elena.

Apliqué el oído á la cerradura: no se oía el menor ruido.

Tal vez estén durmiendo, me decía: ¡Pobre Elena mía, soy un miserable loco!

Y sin embargo, se apoyó mi mano á pesar mio en el picaporte. La puerta se abrió.... entonces se trocedí asustado de mi accion.

Luego recorrieron mis ojos la estancia. Los rayos de la luna caian á plomo sobre dos techos blancos que estaban vacíos.

—¿Es eso todo? preguntó Enrique, mientras Roger pasaba el dorso de su mano por su frente, donde brillaban algunas gotas de sudor.

—¿Si es eso todo? murmuró Roger; ¿pues qué mas quieres?

—Creo en ella, dijo el pintor.

—Tambien yo, tambien yo, exclamó Roger, ¡creo en ella! la amo tanto.... Cuando á mi lado la veo sonreír no dudo ya.... me parece un sueño terrible y penoso que me atormenta. Pero cuando me encuentro solo, frente á frente conmigo mismo, lo recuerdo y sufro.

Repetidas veces he querido hablar y provocar una explicacion; pero parecia que lo adivinaba; sonreía su mirada, fijándose en mí tan tranquila, tan pura! Estoy convencido de que no me atreveré á interrogarla.

Hablando así, marchaban á lo largo de la calle de árboles del jardín.

Se alejaban por instinto del salon de césped, donde los huéspedes de Penhoel proseguían reunidos.

Roger iba con la cabeza baja y el aire consternado. Enrique llevaba en su rostro, que queria sonreír, las huellas de una emocion contenida. Tal vez se hacia mas fuerte de lo que efectivamente era.

—Lo que tú has visto es extraño, dijo al fin; pero lo que he visto yo es mas extraño aún. Ese misterio que las rodea hubiera podido penetrarlo tal vez; pero no he querido. Tambien yo he encontrado una vez á Diana y Elena en los corredores del cassillo en medio de la noche.

Estaba oculto en uno de los huecos de la puerta y no podian verme. Las ví atravesar sin ruido la galería; pasaron tu cuarto y el de Penhoel, y creí que iban á entrar en el de la Señora; pero pasaron tambien aquella puerta. Mas allá no hay otra que la de la habitacion ocupada por Mr. Roberto de Blois.

—¿Fué allí donde entraron? preguntó Roger vivamente.

—No sé, replicó el pintor; la galería hace un recodo.... desaparecieron.

—¿Y no las seguiste?

—No.

—¡Ese Roberto, á quien tanto parecen despreciar y detestar! murmuró Roger de Launoy.

—Tambien desprecian y detestan á los Pontalés, dijo Enrique, cuya voz se apagaba involuntariamente, y sin embargo, las he visto introducirse en el castillo despues de haber dado las doce de la noche.

—¿En el castillo de Pontalés? exclamó Roger estupefacto.

—¿En el castillo de Pontalés! Aquella vez era la noche sombría y no hubiera podido reconocerlas á no ser porque oí la voz dulce de Diana al extremo del bosque.

Ayúdame, decía.

Las dos se acercaron á la tapia del parque: Elena apoyó sus dos manos en el muro, y con su auxilio franqueó Diana el caballete.

—¿Luego? dijo Roger con angustia.

—Volvia yo de la Gacilly á caballo, replicó el pintor; palpitábame el corazón y se me abrasaba la frente: pero no soy como tú, Roger, y nunca hubiera abierto la puerta de la habitación de las hijas de Juan de Penhoel. Escondía las espuelas en el vientre de mi caballo, que me llevaba á través de las malezas.

—¡Oh! dijo Roger, ¡tú no amas, tú no amas!

—Si Diana no es mi mujer, dijo el pintor, no me casaré nunca. Otras veces me ha sucedido pensar en el porvenir; ahora pienso siempre es él porque el porvenir es ella.

—Tú, Roger, te tranquilizas cuando las ves reír; pero yo si pudiera dudar alguna ocasión, sería precisamente ahora. ¡Pero cuántas veces en medio de su alegría fingida, cuántas veces he sorprendido lágrimas en los ojos de Diana! ¡Es un valiente corazón contra el sufrimiento!

Bajo esa débil belleza de jóven he adivinado el

valor de un hombre. Bendigo y admiro esas furtivas lágrimas que oprimen el corazón. ¡Oh! ¡qué Diana guarde su secreto! En el fondo de un alma como la suya, no puede haber mas que rasgos nobles y pensamientos santos.

La cabeza de Roger no se levantaba.

Guardaba silencio.

—Todos en el país saben esto, replicó el pintor, tanto los pobres como los ricos.... Sobre la casa de Penhoel pesa una gran desgracia.. Dios se sirve á veces del débil valor de un niño para combatir la fuerza de los infames.

Enrique le interrumpió bruscamente, y su voz, que era lenta, se hizo breve y decidida repentinamente.

—¡Y luego, qué me importa todo eso! exclamó. Tenia un sueño encantador, y he despertado..... Que Diana sea buena ó mala, un ángel ó una pecadora, la veré mañana por última vez.

—¿Qué dices? preguntó Roger estremeciéndose.

Habian llegado á la terraza que terminaba la cuesta que descendia á Port-Corbeau. Detuviéronse de comun acuerdo, y el pintor apoyó los codos sobre la balaustrada de piedra.

—Esta mañana, replicó, Mr. Roberto de Blois, que parece ser ahora el dueño del castillo, me ha pagado mi trabajo, manifestándome que ya no tienen necesidad de mí.

—¡Pero Penhoel.. exclamó Roger, que cogió la mano de su amigo; hubieras debido ver á Penhoel.

—He visto á Penhoel, replicó Enrique, cuyo acento melancólico tomó una tinta de amargura, y salgo mañana para Paris.

En el momento en que el jóven pintor pronunciaba estas últimas palabras, se dejó oír un débil grito al pié de la terraza.

Los dos amigos se inclinaron al mismo tiempo sobre la balaustrada y vieron dos formas blancas deslizarse entre los castaños.

—Ellas son, exclamó Roger.

Quiso precipitarse, pero Enrique lo detuvo.

—Tú te quedas, dijo; eres feliz.... créeme; véla por ellas para protegerlas y no para espiarlas.

## XVII.

## MADRE E HIJA.

Era la habitacion del Angel de Penhoel; un pequeño lecho rodeado de cortinas blancas cuya transparente muselina dejaba ver una imágen de la santa Vírgen adornada de un laurel bendito, algunas sillas bordadas por la Señora y que representaban asuntos infantiles y graciosos, bellas estampas de la vida de los santos y una pequeña biblioteca de palo de rosa llena de libros.

En esa reducida estancia se presentaba pocas veces la jóven: mostrábase la niña, la niña cándida é inocente.